

Relato/Poeta

# Pensamiento y libertad

José D. Bolívar G. Urda

Escribo. Y al escribir, parece que sueño; que convergen mis sueños con tus sueños... pero es triste, al soñar saber que sueño y, al escribir, que riada más escribo.

Así empezaban, más o menos, unos poemas que escribía hace casi medio siglo. Al venirme hoy a la memoria, pasados por el tamiz del tiempo, desvaído su tono pesaroso, los retomo pensando que, escribir puede ser algo más que el mero hecho de garabatear unos signos sobre unas cuartillas, como ser sexagenario no es óbice para, de vez en cuando, dejarse llevar, con el debido recato, en alas de los sueños... Es casi necesario, diría yo, para reponer fuerzas con que aprontar la realidad de la vida que, en lugar de rehuir, debemos buscarle su cara amable llenándola de cuanto ilusión seamos capaces de infundirle.

Con los pies pegados a la tierra (más bien diría pisando el freno de la imaginación para evitar que no se desboque por los senderos, sin vallas, de la fantasía) voy a tratar de pergeñar algunas ideas, hacer un ejercicio de libertad que no la hay mayor que la del pensamiento.

De por sí la vida está cuajada de momentos duros, crueles y amargos. Es nuestra primera obligación superarlos con nuestro propio esfuerzo y, cuando podamos, contar con ella, con la ayuda de los demás. Nada hay más infructuoso y estéril que escudarse en la adversidad.

Si huimos de la hipocresía hay que reconocer que debemos ser algo egoístas, no en demasía. Y desprendidos sólo con aquello que no vayamos a necesitar mañana. Si lo damos todo, nadie querrá nuestra compañía; si nos lo quedamos todo, sólo nos buscarán para quitárnoslo.

No queramos ser como aquellos que van por el mundo adulando al poderoso y despreciando a los que menos tienen, avasallando a quienes se cruzan en su camino, dando rienda suelta a sus pasiones... Sobresalen ante los ojos de los necios, pero cada día se alejan más del camino de la felicidad, algo por



todos ansiado. Probemos a ejercitar la humildad y estoy seguro de que nos congratularemos por ello.

Me duelen los inconformistas que, no sabiendo partir de lo que poseen, se dejan llevar por la envidia. Pero son los más despreciables aquellos que alcanzando una posición de privilegio —muchas veces, como suelen decir en sus tomas de posesión, inmerecida— la utilizan en su propio beneficio, como patente de corso para realizar toda suerte de alcaldadas: extorsiones, injusticias y abusos.

Y ¿que podemos decir de los que se entregan a la molicie, de los que sólo buscan su deleite sin importarles el resto de la humanidad?

Aún prescindiendo de razones morales, el simple hecho de la finitud de nuestra existencia debería ser suficiente para poner coto a tantos desmanes y muestras de insolidaridad como encontramos por doquier.

Si no recapacitamos nos sorprenderá "el momento", incierto pero seguro, a pesar de la maldita avaricia, con las manos vacías... Y ¡cuán descorazonador debe ser llegar al final del trayecto y comprobar que, irremediamente, hemos perdido "nuestro tiempo"!

P. QUIESADA